



DIDON
—
JESUCRISTO

BT301
D52
C. 1

008960



EX LIBRIS
HEMETHERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080021086

EL PADRE DIDON

DE LA ORDEN DE LOS HNOS. PREDICADORES.

JESUCRISTO

Hæc et hodie, ipse et in seculis.

TRADUCCION

DEL SR. LIC.

FERNANDO SEGURA Y TORNEL.

TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Torres



MÉXICO

LIBRERIA MADRILEÑA

PORTAL DEL AGUILA DE ORO NÚM. 7

Esquina al Colegio del Espíritu Santo.

JUAN BUJÓ Y COMP.

AFERTADO EN EL CORREO: NÚMERO 200

1894

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

45451

VALVERDE Y TORRES

BT301

DSL

V. 1-2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SECRETARIA
DEL
ARZOBISPADO
DE MEXICO.

En Mexico

El Illmo. Sr. Arzobispo, Administrador de la Diócesis de Cuernavaca, ha tenido á bien conceder su superior licencia para que se imprima la obra del Padre Didón, intitulada "Jesucristo," traducida del francés al castellano por Vd.

Y lo comunico á Vd. para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios guarde á Vd. muchos años. México, Octubre 29 de 1893.

Joaquín Arcadio Pagaza,
SECRETARIO.

Sr. Lic. D. Fernando Segura y Tornel.

Presente.

003850

Por orden del Rmo. Padre José María Laroca, Maestro General de los Hermanos Predicadores, Nos, los infrascritos, hemos leído atentamente el libro que tiene por título "Jesucristo," por el Padre Didón, de los Hermanos Predicadores, Lector en Sagrada Teología.

No solamente toda la parte dogmática de este libro está conforme á las enseñanzas de la Teología, sino que la parte histórica, á su vez, está notablemente comprendida y expuesta.

El autor muestra á Jesucristo en el medio en el que ha vivido, dominándole por la divinidad del objeto que se propone, y de los medios que emplea. Si algunas veces habla el lenguaje de los adversarios, bien pronto se percibe que quiere sobre todo combatirlos sobre su terreno, y lo ha conseguido especialmente cuando invoca contra sus teorías de impiedad, "á priori," los argumentos positivos de la historia.

La misma forma, á la vez sencilla y noble, corresponde á la grandeza del asunto.

Por estos motivos, creemos al presente libro digno de ser publicado.

Roma, 20 de Marzo de 1890.

FR. ALBERTUS LEPIDI,

S. Jh. Mag. in Collegio S. Thoma de urbe,
Stad Regens.

FR. JOACHIM BERTHIER. IO D.

S. Eh. Lector.

Imprimatur.

FR. JOSEPH MARIA LAROCA,
Magister General Ord. Praedicator.

Rev. Padre,

Il S. Padre ha ricevuto coll' ossequioso foglio di V. P. R. del 15 corrente l'offerta di un esemplare dell'opera da Lei pubblicata col titolo JESUS CHRIST. Questo filiale omaggio è stato accolto da Sua Santità con particolare gradimento trattandosi di lavoro, che circa un argomento di tanto interesse ai nostri giorni ha già richiamato sopra di sé l'attenzione e gli elogi dei dotti, e che produrrà certo ubertosi frutti a vantaggio de' fedeli.

L'Augusto Pontefice per tanto La ringrazia dell' offerta, Le rende il dovuto encomio per essersi Ella dedicata con la più lodevole cura a porre nella debita luce la persona santissima del Nostro Divin Redentore, e come pegno di paterna benevolenza Le invia dal fondo del cuore l'Apostolica Benedizione.

Nel portar tutto ciò a notizia della P. V. Le porgo i più vivi ringraziamenti per l' esemplare che ha voluto cortesemente inviarmi e con sensi particolare stima mi dichiaro.

Della P. V. Rev. Affmo. nil Signore

Roma, 25 de Ottobre 1890.

M. CARD. RAMPOLLA.

R. Padre Didon de P. P. Predicatori, Arcueil.

Reverendo Padre,

El Santo Padre ha recibido, con vuestra carta llena de deferencia del 15 de este mes, el ejemplar que le habéis ofrecido de vuestra obra publicada é intitulada: JESUCRISTO. Este homenaje filial ha sido acogido por Su Santidad con una satisfacción particular, porque se trata de un trabajo que, tratando un asunto de tanto interés en nuestra época, ha atraído ya sobre él la atención y los elogios de los hombres de letras, y que producirá ciertamente frutos abundantes al provecho de los fieles.

He aquí por qué el Augusto Pontífice os da gracias del homenaje; El os tributa un justo elogio por haberos aplicado con la más laudable solicitud á poner en la luz que le es debida á la persona santísima de Nuestro Divino Redentor; y como prueba de benevolencia paternal, El os envía del fondo del corazón la Bendición Apostólica.

Al notificaros todo esto, os doy las más vivas gracias por el ejemplar que habéis tenido á bien enviarme; y, con los sentimientos de una particular estimación, me declaro, de Vuestra Reverencia muy afecto en el Señor.

Roma, Octubre 25 de 1890.

M. CAR. RAMPOLLA.



INTRODUCCION.

LA CRITICA Y LA HISTORIA EN UNA VIDA DE JESUCRISTO.

Jesucristo es el gran nombre de la historia. Hay algunos por los que se muere; él es el único que se adora á través de todos los pueblos, de todas las razas, de todos los tiempos.

Aquel que lleva es conocido de toda la tierra. Hasta entre los salvajes, en las tribus degeneradas de la especie humana, los apóstoles, sin jamás fatigarse, vienen á anunciar que ha muerto sobre una cruz; y la escoria de la humanidad puede ser salvada al amarle. Los indiferentes en el mundo moderno, reconocen que ninguno ha sido mejor para los pequeños y miserables.

Los más gloriosos genios del pasado yacerían olvidados, si los monumentos,—palacios, obeliscos ó tumbas,—si los testimonios escritos,—papiros ó pergaminos, ladrillos, planchas ó medallas,—no nos hubiesen guardado algún recuerdo. Jesús sobrevivió en la conciencia de sus fieles: he aquí su testimonio, su monumento indestructible.

La Iglesia, fundada por él, llenó con su nombre los tiempos

y el espacio. Ella le conoce, ella le ama, ella le adora; como él vive en ella, ella vive en él. El es su dogma, su ley moral, su culto. Ella enseña á todos, sin distinción, sin excepción, que él es el Hijo único de Dios hecho hombre, concebido por el Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen; que ha venido á este mundo á sufrir y á morir para salvarnos, vencer á la muerte por su resurrección; que ha subido á su Padre, á fin de prepararnos el asiento cerca de él; que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos, dando á los buenos la vida eterna, arrojando á los malos en las tinieblas y en la muerte del alma.

Este "Credo" es á la vez un compendio dogmático é histórico, el dogma y la historia popular de Jesús. El creyente puede vivir. En algunas palabras sencillas y profundas, enseña que el mayor acontecimiento de la humanidad es la venida de Cristo; que Dios le ama, puesto que Dios quiere salvarle del mal y darse á él; que la caridad es el deber supremo, puesto que por amor ha muerto su Maestro; que él debe ser vigilante en el bien, puesto que su Maestro será su juez; que no tiene que temer la muerte, puesto que su Maestro la ha vencido y que él mismo está destinado á la vida eterna.

El hombre que cree en esta enseñanza y en este Cristo, puede caminar en la vida; él está armado para defenderse y engrandecer. Nada detendrá su creencia. El discípulo de Jesús se ha hecho el soberano del mundo, no bajo el punto de vista material y brutal,—la violencia no está en el espíritu de su Maestro crucificado,—sino bajo el punto de vista de la justicia, de la bondad, de la abnegación, del sacrificio y de la dignidad moral. Al sembrar esas virtudes como gérmenes de vida, prepara y enriquece el suelo humano, que se hace capaz de todos los cultivos, de todas las cosechas.

Pero lo mismo que la razón de los que piensan busca la inteligencia de los dogmas elementales, pide que se les explique, en la medida de nuestros conocimientos imperfectos y siempre limitados, exige que se realicen los ataques de una filosofía, de una ciencia ó de una literatura hostiles, igualmente ella aspira

á conocer, en detalle, la vida humana y divina de Jesús, las palabras que él ha dicho, la ley que él ha formulado, su manera de enseñar, de evangelizar, de luchar, de sufrir y de morir.

La historia de Jesús es el fundamento de la fe. Doctrina evangélica, teología, moral cristiana, culto, jerarquía ó Iglesia, todo descansa sobre ella. Gracias al trabajo incesante de los doctores, la doctrina de Jesús, su moral, su culto y su Iglesia han sido poco á poco el objeto de las ciencias, distintas, perfectas, organizadas, correspondiendo á las aspiraciones legítimas de los creyentes que quieren ser hombres de fe y hombres de ciencia; de la misma manera, es preciso que la vida de Jesucristo sea referida según las exigencias de la historia.

A esta necesidad profunda trata de corresponder la presente obra.

Los partidarios de lo que se llama hoy la escuela crítica, van á decir: El Cristo del dogma y de la tradición, el Cristo de los Apóstoles y de los Evangelios interpretados según la doctrina de la Iglesia, no es y no puede ser el Cristo de la historia. Ese Cristo ideal, Dios y hombre, Verbo encarnado, concebido por un milagro inaudito, llamándose el Hijo único de Dios, en el sentido metafísico y absoluto, multiplicando los prodigios, hablando como el cuarto evangelio le hace hablar, resucitando tres días después de su muerte, ascendiendo al cielo á la vista de sus discípulos, después de cincuenta días, no es un hombre real. No existe sino en la fantasía piadosa de los creyentes, que le han creado de pies á cabeza.

El verdadero Jesús, el Jesús de la historia, ha nacido como todos los hombres, ha vivido como ellos, no ha hecho milagros como ellos, ha enseñado una moral más pura, fundando una religión menos imperfecta que las demás, y como todos los reformadores, en general, sucumben bajo la intransigencia de su medio, él ha sido víctima de la intransigencia judía; él ha muerto como nosotros; no ha resucitado ni vive en Dios.

Yo me he rebelado—perdonéme la palabra,—no solamente con mi fe de cristiano, sino con mi imparcialidad de hom-

bre, de esta contradicción entre el dogma y la historia, erigida en principio y opuesta como la cuestión preliminar á una vida de Jesús y hombre. Convencido que Jesús ha sido el Dios invisible en un sér humano semejante á nosotros, como historiador yo le veo vivir, tal como es, con esta doble naturaleza.

La cuestión de la Divinidad divide á los espíritus más grandes, desde la venida de Cristo; ella los dividirá sin cesar; ya es un fenómeno extraño que Jesús sólo haya provocado semejante problema que no duerme jamás en la conciencia de la humanidad, un problema con el cual siempre se está seguro de suscitarlo. Yo no me permitiré aquí más que una sencilla reflexión histórica respecto á los hombres sin prevención, á los verdaderos críticos, al espíritu franco.

Esta contradicción violenta de la que Jesús es el objeto, ha sido profetizada. Ella durará tanto como el mundo; ella aflige al cristiano, mas no le admira ni le turba; él ve en ella la señal de su Maestro. Ella es producida desde la vida de Cristo. Mientras que sus discípulos, respondiendo á esta cuestión, le decían: "Vos, sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo," los hombres, los Judíos, decían: "No hay más que un profeta;" otros más ciegos, hacían de él un blasfemador y un revoltoso.

Cuando él abandonó la tierra, mientras que los apóstoles predicaban en las sinagogas judías al Mesías Dios y hombre, lleno de la virtud y de la sabiduría de Dios, los primeros sectarios, los Nazarenos y los Evionitas, no querían ver en él más que á un hombre.

La lucha sobre este punto se prolongó muchos siglos; un filósofo pagano, Celso, sin negar, sin embargo, los milagros de Jesús, se burlaba de su doctrina, que llamaba absurda y de su cruz, á la que encontraba infame; Orígenes, al refutarle, proclamaba altamente la divinidad de su Maestro.

Han transcurrido los tiempos. El Crucificado ha engrandecido destruyendo al paganismo, absorbiendo á la filosofía, destronando al Imperio, conquistando á la tierra, civilizando á la barbarie, creando un mundo nuevo.

¿Quién, pues, tenía razón? los judíos anatematizando á Jesús y matándole; los paganos; como Tácito, Suetonio y el honrado prefecto de Bithynia; Plinio, el Joven, desdefiándole lo mismo que á sus discípulos quienes les parecían una secta despreciable; los filósofos, como Celso oprimiéndole con su tonta sabiduría,—ó los apóstoles, adorando en Jesús al Hijo de Dios?

Si Jesús no fué en realidad más que el hombre deshonrado de los Judíos y del paganismo, ¿cómo ha dejado sobre la tierra una huella semejante? cómo ha fundado una religión que domina al mundo?

La obra es inexplicable; es la prueba popular que Jesús fué lo que la Iglesia afirma.

I

La primera condición de una historia científica es la de ser esclarecida por una crítica sabia, perspicaz, imparcial.

Sin embargo, no se debe confundir la crítica con la historia; pues aunque inseparables la una de la otra, ellas deben permanecer distintas.

En su sentido más general, la crítica es el ejercicio mismo de la facultad esencial de todo sér racional: el juicio. Criticar y juzgar son dos términos sinónimos; porque el juicio, como la crítica, tiene por objeto discernir lo verdadero de lo falso. Este es el primero de los derechos, el más necesario de los deberes de la razón. Cualquiera que sea el dominio que ella explora: religión, filosofía, ciencias, literatura, estética, aun matemáticas; la razón debe ser atenta, discernir la realidad de las apariencias, lo verdadero frecuentemente inverosímil, y lo falso algunas veces tan plausible.

La crítica, en consecuencia, no puede ser una ciencia especial; ella es más bien una condición de toda ciencia. Ella entra en la lógica misma que fija al hombre las reglas para justamen-

te pensar y para juzgar sanamente. Esas sencillas consideraciones demuestran la vanidad de aquellos que se atribuyen el monopolio de la crítica. La escuela crítica es la escuela de todo el mundo. Cualquiera puede y debe pretenderla. La tentación más ordinaria del espíritu cultivado es la de criticar más allá de la medida, de querer juzgarlo todo, aun lo que ignora. El sabio modera esta voluntad ansiosa, intemperante; él aprende á no juzgar más que lo que sabe, no olvidando nunca que su saber es limitado y su ignorancia inconmensurable.

Se puede ser un excelente crítico en filosofía y un mal juez en religión y en historia. Ciertos conocimientos humanos no exigen solamente un espíritu especulativo, sino una larga experiencia. Las doctrinas morales serán mejor criticadas por el ignorante que ha experimentado la virtud, que por el escéptico que pone en duda las alegrías austeras del sacrificio. Los santos que viven de la palabra de Jesús, siempre la entenderán mejor que el filósofo helenista que la rechaza y no conoce el sabor. Un catador delicado percibe matices que se escapan al químico.

Aplicada á la historia, la crítica tiene un papel bien determinado. La historia tiene por objeto referir los hechos; ahora los hechos del pasado no siéndonos conocidos sino por los documentos, y los documentos siendo redactados por los testigos más ó menos inmediatos á los hechos mismos, la crítica debe examinar, reunidos, los hechos, los documentos y los testigos.

Ciertos hechos son oscuros; la crítica los separa; hay documentos alterados ó sospechosos: la crítica los señala y los reprobaba; y si los testigos son indignos de fe, ella les quita la máscara y los confunde.

Por lo que toca á la vida de Jesús, la crítica preliminar tiene el deber y el derecho de investigar los documentos y los testigos que nos informan sobre esta vida, la antigüedad y autenticidad de los unos, el valor testimonial de los otros; ella debe examinar la naturaleza de los hechos consignados en los documentos y aducidos por los testigos.

Esos problemas han suscitado, sobre todo hace un siglo, en Alemania, en Suiza, en Inglaterra y en Francia, tales debates, que muchos volúmenes bastarían apenas para tratarlos. La refutación de las soluciones erróneas exigiría uno solo para ella. Nosotros no podemos más que trazarla á grandes rasgos y reunir, al motivarlos, algunas conclusiones ciertas.

II

Las obras que nos enseñan en detalle los hechos y las palabras de Jesús, su nacimiento, su vida y su muerte, su doctrina, sus instituciones, su obra, son poco numerosas: algunas epístolas escritas por los apóstoles, algunos capítulos de las actas, y principalmente los cuatro libros conocidos bajo el nombre de Evangelios canónicos.

A pesar de su pequeño volumen, esos escritos son de una riqueza inagotable, por la abundancia de los hechos y de las palabras que enseñan. Su primer mérito como documentos, es su antigüedad. Redactados en los años que siguieron á los acontecimientos, ellos son la expresión sencilla y verídica de los recuerdos que habían dejado en el alma de los discípulos la enseñanza, los preceptos, los ejemplos, la persona desaparecida del Maestro. Dos años y medio de un perpetuo contacto con él, les habla poco á poco transformado. Una de las obras esenciales de Jesús, la que aventajó á todas las demás, sin la cual ellas no podían llegar á su fin, fué grabar en la conciencia de sus apóstoles su imagen viva y fiel. ¿No debían anunciarle á toda criatura? y, para anunciarle, ¿no debían conocerle? El solo podía instruirles.

El nada les ha ocultado; él les ha tratado como él se los decía, como amigos. El se ha abierto á ellos plenamente. Ellos han reconocido en él al Hijo único del Padre y al Hijo del hombre nacido de la mujer, escuchado sus palabras de sabiduría y

de santidad, visto al cielo abierto sobre su cabeza y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre; ellos han sido los testigos de su potestad irresistible y divina; ellos han comprendido la razón oculta de sus sufrimientos, de sus dolores, de su debilidad voluntaria, de su mal éxito para con la nación elegida y de su muerte; ellos han visto también la gloria del Resucitado, gloria cuyo esplendor velado al mundo fué reservada únicamente á sus discípulos; ellos han sido llenos interior y visiblemente por un Espíritu. Revestidos de esta fuerza sobrehumana, ellos se han sentido los mandatarios de Cristo, los propagadores invencibles de su fe, los continuadores de su obra; y esos Galileos incultos, ignorantes, tímidos, desechando toda vacilación, todo temor, cincuenta días después de su muerte, en esta misma ciudad en la que había sido crucificado su Maestro, se pusieron á publicar su nombre á la faz del pueblo que había pedido su suplicio y del Sanhedrín que lo había preparado. Ellos le llamaban el "Santo, el Justo, el Autor de la vida;" ellos se reprochaban con dolor el haberle matado; ellos afirmaban que Dios le había resucitado; ellos le decían "el Enviado de Dios, el Profeta anunciado por Moisés;" ellos declaraban que los milagros de los que ellos eran los instrumentos se cumplan por virtud de Jesús el Nazareño; y, en la audacia de su fe, ellos le mostraban como la piedra desdeñada de los arquitectos, convertida, en las manos de Dios, en la piedra angular, y como el único Salvador dado á los hombres.¹

Su palabra, su valor, su convicción y su celo eran irresistibles. Ni prohibición, ni amenaza, ni azote, ni cadenas, ni suplicios les detenían. Ellos se declaran los testigos del resucitado; y haciendo una llamada á la conciencia de sus enemigos, agregaban que el Espíritu Santo, que Dios da á todos los que le obedecen, atestiguaría también la verdad de su palabra.²

Esta predicación apostólica es el primer evangelio. El ha brotado del alma de los discípulos inmediatos á Jesús, bajo el

¹ Act. III, 14 y sig.; IV, II.

² Act. V, 30 y sig.

impulso del Espíritu Santo. Es una palabra divina: la conciencia humana no le ha inventado, ella es el eco de la palabra de Jesús.

Nadie puede negar la antigüedad, la autenticidad.

El historiador, habituado á la evocación de las cosas del pasado, al auxilio de los documentos, ve á los discípulos de Jesús reunidos en el recuerdo y culto de su Maestro. Su unión es tanto más estrecha y más íntima cuanto están más aislados en un medio más hostil. Ellos no son nada para consigo mismos y nada tienen. Toda su fuerza está en la virtud de Dios. Toda su ciencia se resume en ser Jesucristo. Toda su sabiduría está en él. Todo su tesoro está en él. Todo su destino se limita á él; y como semejantes cosas no existen sino por la fe, la fe es todo para ellos; ella está en Cristo. Ellos se sienten como sus propios miembros, y tienen conciencia que ninguna energía en la tierra ni en el cielo, les separará de su amor. Jamás se encontrará un fenómeno psicológico semejante. Cualquiera influencia que puedan ejercer los hombres superiores sobre aquellos que les rodean, no llegan á asimilárselos tan plenamente, ellos no les dan forma sino exteriormente, incapaces de infundir su espíritu, como fuerza nueva, viviente y personal. En ese cenáculo es donde toda la vida de Jesús ha sido renovada. Como aquellos á quienes absorbe un gran amor, los discípulos ponían en común sus recuerdos, refiriéndose todos los hechos del Maestro, se repetían sus enseñanzas y las comunicaban á sus neófitos. Los menores detalles de los últimos días tan conmovedores de su carrera, el arresto, el juicio, el Calvario, todas esas escenas dolorosas, punzantes, aparecían de nuevo. Nunca Jesús había estado más vivo en su conciencia. Es propio de la separación y de la muerte concentrar sobre los ausentes y desaparecidos la potestad del recuerdo. Ellos renacen en nosotros, y mirando el fondo del alma, se les halla, se les ve, se les escucha. Jesús estuvo ciertamente en medio de

¹ Gal. II, 20.

ellos. Ellos vivían con él en la oración, en la práctica de las virtudes que él les había enseñado por su palabra y su ejemplo. Ahí es preciso buscar el origen primero del Evangelio oral que constituye la primera predicación de los apóstoles y la fuente de los Evangelios escritos.

Los apóstoles pronto han experimentado la necesidad de fijar la enseñanza del Maestro y la historia de su vida. Los primeros fieles debían desear ardientemente conservar en su recuerdo la buena nueva que los enviados de Jesús les predicaban; y los enviados, al dejar á los nuevos convertidos, los jóvenes comunicados organizados por ellos, querían dejarles un testimonio más duradero que su palabra. El Evangelio escrito correspondió á esas exigencias, á esas necesidades.

III

No se puede precisar la duración exacta del tiempo transcurrido entre el principio de la predicación apostólica y la aparición de la primera Memoria escrita. Ese tiempo debió de ser muy corto. La tradición universal de la Iglesia coloca la composición del primer Evangelio entre el año 33 y el año 40 de la era cristiana. Este Evangelio tiene por autor á uno de los apóstoles, á Mateo el publicano. Fué escrito en caracteres hebreos por los Judíos de Palestina y de Jerusalem, en la lengua que ellos entonces hablaban, el dialecto arameo,—una mezcla de caldeo y de siríaco—que fué la lengua de Jesús.

La idea fundamental sobre la cual se concentraba toda la fe de los apóstoles, es que Jesús era ante todo el Mesías de Israel anunciado por los profetas. Ellos se esforzaron en persuadirla á todos los Judíos; su predicción no es más que el testimonio

¹ Act. II, 20.

² Euseb. *Chron.*; Irineo, *Adv. hæres.*; III, 1.

³ Jerónimo, *Adv. Pelag.* III, 1; Ireneo, *Adv. hæres.* III, 1; Euseb. *Hirt. eccles.* III, 24; Jerónimo, *De vir illust.*; *Fragm. Papias.*

público de esta verdad, como lo demuestran los fragmentos de los discursos que las actas nos han conservado. Lo que decía Pedro, todos sus compañeros, animados de la misma fe, lo decían; y desde que Jesús les hubo dejado, fieles á sus órdenes llenaron á Jerusalem y á todas las Sinagogas de la Palestina con el testimonio de su fe en el Mesías.

Esta idea inspiró el primer Evangelio; ella es el alma; ella conduce á la unidad á todas las partes.

Es fácil convencerse examinando los parajes proféticos que el autor aduce y de los que su propia narración no es más que el comentario y la justificación histórica. Ese libro debía natural, forzosamente, tener por título la genealogía de Jesús, estableciendo su descendencia davidica, porque el más popular de los títulos mesiánicos, á los ojos de todo Judío, era el título de Hijo de David.

El gran discurso sobre la montaña conviene al legislador de los tiempos nuevos; las numerosas parábolas del Reinado revelan al que venía á evangelizar á los pobres; los anátemas contra los Fariseos y las profecías sobre el porvenir de Jerusalem y del mundo acusan al Juez que tiene el harnero en la mano y que es el señor de los hombres y de los siglos.

Ese carácter marcado del libro explica independientemente de su origen apostólico y de su prioridad sobre los demás Evangelios, la autoridad de que goza y la acción extraordinaria que él ejerció en la evangelización de los Judíos. Jesús, ¿es ó no el Mesías de los profetas? Este fué el gran debate entre los creyentes y los Judíos. El Evangelio de San Mateo contestó con una evidencia triunfante.

Todos los títulos mesiánicos señalados por los profetas se cumplieron en Jesús. El Evangelio lo prueba por la vida misma del Maestro. Su libro es á la vez un cuadro vivo de Jesús y una demostración, una apología popular de su mesiada.

¹ Cf. Act. II, 14 y sig.; IV, 8 y sig.; V, 29-30, etc.

² Cf. Mat. I, 23; II, 6, 15, 18, 23; III, 3; IV, 15; VIII, 17; IX, 5, 10; XII, 18; XIII, 35; XXI, 5, 16, 42; XXII, 44; XXXVI, 31; XXVII, 9, 35, 43, 46.

El idioma original en el cual fué compuesto no estaba comprendido fuera de la Palestina; y sin embargo, la mesianidad de Jesús interesaba no solamente á los Judíos de Jerusalem, de Judea, de la Idumea y de la Galilea, sino á todos los de la dispersión. Hablando estos últimos el griego era preciso interpretarles el Evangelio siro-caldeo. Un gran número, según los fragmentos de Papias, ¹ se consagraron á ello. Una traducción griega cuyo autor es desconocido ² siguió muy de cerca al original arameno. Ella se impuso tanto por la autoridad del traductor, como por el consentimiento de la Iglesia; ella eclipsó bien pronto al texto primitivo. Este desapareció después de la destrucción de Jerusalem con el grupo de cristianos judíos que le usaban; si quedó entre las manos de los Ebionitas y de los Nazarenos una versión, ella se alteró como todas aquellas que las sectas modifican, interpelan, mutilan y alteran á merced de sus doctrinas.

Algunos años después, cuando los apóstoles habiendo cumplido su tarea en Judea y dado testimonio á su Maestro en la metrópoli se dispersaron para llevar lejos la buena nueva, uno de los discípulos de Pedro, su intérprete, como le llama Papias, ³ ó su secretario, según la palabra de San Jerónimo, ⁴ acompaña al jefe de los apóstoles en sus misiones. El se llamaba Marcos y parece ser el Juan Marcos de las Actas. ⁵

El se puso en seguimiento de Pedro el año 42, cuando éste perseguido por Herodes Agripa debió alejarse de Jerusalem. En la misma Roma es en donde él vino á anunciar el Evangelio. Ahí obtuvo un gran éxito su predicación. Los hermanos quisieron tener un recuerdo escrito de la palabra del apóstol; y á su petición Marcos escribió su Evangelio. El apóstol aprobó la obra, que revestida de su autoridad fué leída en lo suce-

¹ Eusebio, *Hist. eccles.*, III, 39.

² Jerónimo, *De vir. illustr.*, III.

³ Eusebio, *loc. cit.*

⁴ Epist. CXX, qu. II.

⁵ Act., XII, 25.

sivo por toda la Iglesia, así como lo atestigua San Clemente en el libro sexto de sus Hipostáticas. ¹

La antigüedad está unánime en afirmar estos hechos. ²

Comparando ese segundo Evangelio con el primero bajo un golpe de vista, se ve que se distingue desde luego por su brevedad. Todo el elemento Judaico de San Mateo, todo aquello que en la historia de Jesús habla sido quitado á la dirección de los Judíos como prueba de que él era el Mesías de Israel, está suprimido: la genealogía davídica, los hechos de la infancia, el sermón de la montaña en la cual la ley nueva del Mesías se oponía á las imperfecciones de la ley antigua y á las tradiciones, á las doctrinas erróneas de los Rabinos, las numerosas parábolas del Reinado de Dios. Se ve que él se dirige á los lectores que ignoran los usos de los Judíos. ³

La vida pública de Jesucristo, Hijo de Dios, es la que él refiere. Esas supresiones considerables han hecho llamar á este Evangelio un compendio y á San Marcos el compendiador. ⁴

No se debe forzar la expresión hasta desconocer la originalidad real del segundo Evangelio. Evidentemente él ha sido compuesto conforme al primero; salvo las supresiones que acabamos de señalar, la semejanza por la elección y el orden de los hechos es innegable. San Marcos ha debido tener á la vista el Evangelio arameno de San Mateo, y de él se ha servido para redactar el suyo en lengua griega. Pero en la narración de los hechos se muestra su originalidad. Una comparación atenta denota que él está informado por otro medio y que ha escuchado á su Maestro el apóstol Pedro. De esta fuente, sobre todo, es de la que él ha debido sacar los detalles nuevos que él realza, el conocimiento más completo de los nombres, de los lugares; en una palabra, todo lo que caracteriza su obra.

¹ Jerónimo, *De vir. illustr.*, VIII.

² Cf. Papias, ap. Eusebio, *Hist. eccles.*, III, 39; Clemente de Alej., ap. Eusebio, II, 15. VI, 14; Ireneo, *Adv. har.*, III, 1; Epiph., *Heret.*, núm. 6.

³ Cf. Marc., VII, 1-4.

⁴ Cf. Jerónimo, *De vir. illustr.*, c. VIII, August., *De cons. Evang.*, I, 4; Eusebio, *Hist. eccles.*, II, 15.

El Evangelio de San Marcos no es, como el de San Mateo, una tendencia apologética. El no ha sido concebido ni redactado para demostrar la mesianidad de Jesús. El no es más que la narración popular de su vida pública en Galilea, del desenlace trágico de esta vida y de su resurrección triunfante en Jerusalem.

Sin embargo, él es la buena nueva del Hijo de Dios y prueba implícitamente la divinidad de Jesús. El contiene también, en su forma histórica, la predicación apostólica, tal como Pedro y todos sus colegas la practicaron cuando fueron á anunciar á los pueblos paganos del Imperio el nombre del Salvador, el único que, debajo del cielo hubo sido dado á los hombres.¹ Los hechos ocupan más lugar que los discursos. La potestad de Jesús, á la que todo obedece, está más en relieve que sus enseñanzas. Sin embargo, sus sufrimientos, su condenación por los Judíos, la ignominia de su pasión y de su cruz, no están encubiertas. Los apóstoles no se avergüenzan de su Maestro; ellos saben que su sangre vertida en el Calvario es el medio querido para regenerar al hombre y glorificar á Dios en Cristo.

Se formaría una idea falsa é incompleta de la actividad ardiente de los cristianos en los primeros años de la Iglesia, si se olvidara el celo con el cual trataron de conocer la vida de aquel á quien habían dado su fe y á quien adoraban como al Mesías, al Salvador, al Hijo de Dios.

Inflamados por la predicación de los apóstoles, ellos se inspiraron de las menores palabras y de los actos de Jesús. Muchos entre los discípulos y los neófitos, se esforzaron en fijar por escrito lo que habían escuchado de la boca misma de los testigos. El Evangelio arameo de San Mateo parece haber sido más particularmente el centro de ese movimiento.² Se le interpretaba, se le traducía, se ensayaba traer nuevos detalles y ligar los hechos en un orden más conforme á la realidad de la historia. Los frutos de esta actividad literaria no han llegado

¹ Act., IV, 12.

² Cf. *Fragm. Papias*, Eusebio, *Hist. eccl.*, III, 39.

hasta nosotros; todos esos libros á los que hace alusión uno de los Evangelios,³ han desaparecido como tantas obras imperfectas que no se imponen á la atención y que sin duda no tienen la fuerza de sobrevivir en el medio en el cual han nacido.

Cuando una necesidad real, legítima, affige á varios hombres, halla casi siempre un espíritu más vigoroso que sabe corresponder.

La Iglesia naciente apeló á un escrito que le dió un cuadro más completo de la historia de Cristo. Un pagano de Antioquia, tal vez un Judío, un convertido por el apóstol Pablo, seguramente, un hombre que no carecía de cultura y que pasaba por haber enseñado la medicina en la misma Antioquia, trató de corresponder á esa necesidad de los primeros fieles. De ahí el nuevo Evangelio que vino á agregarse al del apóstol Mateo y Marcos, el discípulo de Pedro. San Pablo ha alabado á esta obra en una de sus epístolas.⁴ Ella circuló en todas las Iglesias y ella hizo conocer un gran número de hechos y de enseñanzas que no habían sido consignados en los escritos anteriores.

San Lucas llena sus lagunas. La tercera parte de esas narraciones le pertenece en propiedad, y principalmente cinco milagros y doce parábolas.⁵ Toda su preocupación es la de conformarse con los testigos que todo lo han visto desde el origen y que han sido establecidos ministros de la palabra. Discípulo de Pablo, compañero de sus viajes,⁶ colega de Bernabé, uno de los setenta y dos, ha venido á Jerusalem,⁷ ha interrogado á los apóstoles Pedro, Santiago el menor, que se llamó el hermano del Señor, y Juan, el discípulo amado. El conoció ciertamente á la familia de Jesús y á su madre, y el parentesco de Juan Bautista. El tuvo á la vista los diversos escritos á los que

¹ Luc. I, 1.

² II. Cor., VIII, 18.

³ Luc., I, II; VII, 11-18, 36-50; X, 1, 25-42; XII-XVII; XVIII, 1-14; XIX, 1-28; XXIII, 6-12; XXIV, 23-53.

⁴ II Cor., VIII, 18.

⁵ Act., XX.

hace alusión en el prefacio de su obra y con toda seguridad los Evangelios de Mateo y de Marcos. Es inverosímil, en efecto, que semejantes documentos, revestidos de la autoridad de los apóstoles y por este título venerados por todos los fieles, no hayan estado en sus manos. El los completó evidentemente con sus narraciones del nacimiento de Juan y de la infancia de Jesús, narraciones sacadas sin duda de una fuente más antigua, como lo atestigua su estilo del todo hebreo.

El los completa aun con esos ricos episodios de los que la vida errante de Jesús estuvo sembrada durante un período de cuatro ó cinco meses, desde el día en que él deja la Gaillea, no teniendo en donde reclinar su cabeza, hasta su entrada triunfal en Jerusalem.

Los dos primeros Evangelios son mudos respecto á esta fase importante. El los enriqueció todavía con su narración de la Resurrección y con la de su Ascensión, con la que abre su libro de las Actas.

Mas la originalidad del trabajo de San Lucas está en el lazo cronológico que trata de establecer entre los hechos y, sobre todo, en el espíritu que preside á la elección de los hechos.

El lazo cronológico, aunque imperfectamente reanudado, nos permite, sin embargo, fijar la fecha del nacimiento de Jesús, bajo Herodes, y la inauguración de su ministerio galileo, en el año quinto de Tiberio, lo que sería imposible sólo con San Mateo. El espíritu que le anima no se podría caracterizar mejor que llamándole el espíritu mismo de Pablo.

En el momento en que San Lucas escribió, un nuevo hecho se produjo en la Iglesia naciente. El Evangelio, combatido por los Judíos, encontró en los paganos un favor prodigioso. El pueblo acudía en tropel á la llamada de los enviados y sobre todo de aquel que se titulaba el Apóstol de los Gentiles. Este era un arrastramiento. Al lado del Judío desconfiado, siempre rebelde y perseguidor, se veía al pagano dócil y diligente. La profecía de Jesús se cumplía visiblemente: el Reinado iba á ser quitado al pueblo elegido y transportado al pueblo abandonado

de Dios. El Evangelista era testigo de esta novedad, y sobre las huellas de su maestro Pablo él trabajaba en la conversión de los Gentiles. En el seno de la Iglesia se suscitaban cuestiones, los Judíos convertidos no veían siempre con buenos ojos á los nuevos hermanos paganos; ellos se prevallían contra ellos de su título de hijos de Abraham, amparándose mal de un orgullo secreto contra esos incircuncisos. Ellos hubieran querido sojuzgarlos con las prescripciones de la ley, pero los paganos resistían. La Ley estaba terminada. El Reinado de Jesús rompió sus viejas cadenas. San Pablo defendió la libertad de los hijos de Dios, libres por lo demás, de toda tutela legal, de ese culto imperfecto que él llamaba los elementos de ese mundo. ' La vida del Maestro estaba llena de hechos de los que el nuevo estado de cosas estaba profetizado, justificado: era preciso producirlos.

El espíritu viviente que velaba sobre los apóstoles inspiró á San Lucas, como había inspirado á San Pablo; y al leer el tercer Evangelio, ahí se halla á Cristo, Salvador universal, tal como los paganos debían verle, tal como Pablo le predicaba y tal como él mismo se había mostrado en su vida pública. El recoge con cuidado un gran número de rasgos omitidos por el primer Evangelio y que, humillando del todo á los Judíos, podían inspirar confianza á los paganos; la salvación prometida al publicano Zaqueo y al buen ladrón, el perdón concedido á la pecadora pública y al pródigo, la preferencia dada al publicano sobre el Fariseo; él ensalza al Samaritano, al excomulgado misericordioso, oponiéndole al sacerdote y al levita sin entrañas; él hace el elogio de muchos paganos, muestra á Jesús orando por sus verdugos, convirtiendo al buen ladrón y al centurión romano.

San Lucas también ha escrito las escenas más arrebatadoras de la vida de Jesús, á quien se complace, á ejemplo de su maestro Pablo, en llamarle "el Señor." Si Marcos es el Evangelista

¹ Gal., IV, 3.

de la potestad, Lucas es el Evangelista de la misericordia y de la bondad. La antigüedad, en su predilección por los símbolos, ha dado á Marcos al león como emblema, y á Lucas, la víctima, al toro que se degüella. En todas las páginas de su obra se reconoce á Aquel que salva y que perdona, á ese "Hijo del hombre, venido no para perder, sino para salvar; no para juzgar, sino para perdonar."

La obra ha sido seguramente compuesta antes de las Actas, que son la continuación; y como estas últimas se detienen en el fin de la segunda permanencia de Pablo en Roma, es preciso colocar la redacción del Evangelio antes del año 64.

La persecución de Nerón contra los cristianos, obligó á Lucas á huir de la capital del Imperio en donde Pablo murió; y el Evangelio que allí había escrito fué llevado por él á Acaia y á Beocia, en donde había buscado refugio.¹

Hacia la mitad del primer siglo, cuando el espíritu que animó á la Iglesia se extendió, llevando á sus apóstoles á la conquista del Imperio, á través de las provincias de Asia y de Grecia, la fe naciente no sólo encontró ahí la hostilidad de los Judíos, ella chocó con las doctrinas paganas y con la cábala judía, con ese conjunto de opiniones que formaban la sabiduría de los civilizados de ese tiempo. Este obstáculo era más temible que las persecuciones: éstas no tocaban sino al cuerpo, mientras que la filosofía humana podía corromper la fe y la palabra de Jesús.

Entre los convertidos del paganismo, muchos estaban imbuidos de esta falsa sabiduría. Todos los siglos y todas las civilizaciones se parecen. El hombre no escapa jamás á las influencias de su medio, sufre las doctrinas como sufre las costumbres, aun sin razonar y, lo más frecuente, sin comprenderlas.

Las doctrinas que componían entonces la atmósfera intelectual, religiosa y moral, han tomado un poco más tarde el nombre de gnosticismo, mezcla confusa del monismo, del panteis-

¹ Jerónimo, *De vir illust.*, cap. VII.

mo, del dualismo, del fatalismo, de la theurgia y del ascetismo bizarro, amalgama de especulaciones sobre el principio de las cosas y sobre el universo.

Dos corrientes dominaban: la una partía de un monismo exagerado, que halaga á la doctrina unitaria de los Judíos; la otra se inspiraba en un dualismo irreducible.

Los que seguían la primera, concebían á Dios como á una unidad trascendente y abstracta, desprendida de toda relación con el mundo é impenetrable en sí mismo.

El universo era el producto de fuerzas intermediarias, impersonales, emanadas del principio silencioso y desconocido. Una de esas fuerzas, uno de esos *Eóns*, como se les llamaba, era el Logos ó Cristo superior. El se había unido un instante á Jesús. La Redención, según ellos, se reducía á esto: Jesús había anunciado la Verdad ó al Dios desconocido, él había vencido á las potestades cósmicas, soberanas de este mundo que paralizaban el esfuerzo del sér neumático ó espiritual hacia el Sér primitivo. No se estaba rescatado por la fe en Jesús ni por los méritos del Redentor divino, sino por la Gnosis, ó el conocimiento de Dios, de los espíritus ó *Eones*, de la humanidad y de sus relaciones. Bastaba al hombre estar iniciado en la Gnosis: esta iniciación hacía de él un sér neumático.

Según los dualistas, que renovaban la doctrina de los perasas, el mundo está bajo la influencia de dos fuerzas opuestas, emanadas de las profundidades del Sér: la luz y las tinieblas. El mundo material salió de las tinieblas, él es malo en sí; mas la luz triunfará y finalmente librárá las partículas brumosas cautivas en el cuerpo. Jesús, para esos herejes, era verdaderamente el Cristo, el Hijo de Dios en persona, pero ellos negaban que hubiera verdaderamente encarnado. Es fácil concebir cuántos peligros debía correr la palabra de los apóstoles ante espíritus que en vez de recibirla como niños, siguiendo la voluntad de Jesús, no pensaban sino en interpretarla con-

¹ Ignacio, Ad. Smyrn., H. C4, Timoth., II, 8-17.

forme á sus opiniones. San Pablo, el fundador de casi todas las iglesias de Asia Menor, había profetizado el peligro y puesto en guardia á los jefes de las comunidades, 'contra esos maestros que quisieron corromper la fe. Desde en vida suya él les había visto en la obra, 'y denunciaba su ciencia mentirosa.'

Ese peligro es de todos los siglos cultivados. La mayor dificultad para el hombre es el someterse sencillamente al Evangelio, y su mayor tentación es el querer transformarle á su antojo, siguiendo sus propios sistemas.

Los Gnosticos niegan la divinidad de Cristo, al reducirla al papel de Eon ó de fuerza inferior á Dios. Ellos desprecian la relación esencial que liga á Jesús con su Padre, ellos se ofuscan con su humanidad que la pone en contacto con la materia, el principio del mal según ellos, y la reducen á una pura apariencia. Ellos rehusan al Hijo de Dios, y á aquel que así es llamado, una personalidad propia. Los Judíos convertidos, conocidos bajo el nombre de Judaizantes, algunos participan de esos errores, que destruyendo al Cristo, arruinan por esto mismo toda su obra. Ebionitas y Docetas se ligan, negando unos la humanidad real, otros la divinidad de Jesús y amenazando al cristianismo en su cuna. Uno de esos herejes fué Corinto; Irineo nos ha conservado uno de esos grandes rasgos de su doctrina, 'esta es la misma doctrina de los Ebionitas; él no ve en Jesús más que á un hombre, al cual, en el momento del bautismo, un demiurgo, un Eon, llamado Cristo, bajó. Otro de esos falsos doctores era el diácono Nicolás, cuyas costumbres desarregladas se unian á las especulaciones más insensatas sobre la naturaleza de Dios, sobre la creación y las relaciones entre Dios y el Universo.'

Para combatir esos errores, uno de los apóstoles escribió un

1 Ac., XX, 28-31.

2 1. Timoteo, I, 5-7.

3 Id. I, 19 y sig.; VI, 20, 21.

4 Irineo, *Adv. haeres.*, I, XXVI, 1.

5 August., *De haeres.*, in princ.

cuarto Evangelio. 'Este apóstol es Juan, el discípulo amado. Todos los jefes de las Iglesias de Asia, y el apóstol Andrés á su cabeza, se lo suplicaron.'

Nadie era más capaz que él para atestiguar la verdad.

El no opone una doctrina humana, un sistema filosófico, á las doctrinas humanas, á los vanos sistemas de filosofía. El no es un filósofo; es un testigo. El no conoce más que la palabra de su maestro, y él no dice más que lo que ha escuchado. Mientras que San Pablo en sus Epístolas razona y discurre sobre los hechos evangélicos, sobre la doctrina de Cristo, sobre la obra de la Redención, sobre su muerte y su resurrección, San Juan recogiendo sus recuerdos, inspirado por el Espíritu del que estaba iluminado y que le sugería, como Jesús lo había prometido á sus fieles, todo lo que era preciso decir, San Juan da testimonio; todo lo que él refiere tenía un fin, un solo fin, establecer la fe en Jesucristo, hijo único de Dios, fuente de la vida eterna.

No se trata ya de demostrar por la historia, como lo ha hecho San Mateo, San Marcos y San Lucas, que Jesús es el verdadero Mesías prometido á los Judíos y el Salvador de toda criatura por el arrepentimiento y la fe; se trata de determinar la verdadera naturaleza divina de "Aquel que se apareció en la carne."

¿Qué es el Hijo de Dios? ¿Cuáles son sus relaciones con el Sér divino que él llama su Padre? ¿Qué ha venido á cumplir en este mundo? ¿En qué consiste la salvación de la que él es el autor? La respuesta á estas preguntas es todo el cuarto Evangelio. No es Juan quien habla, es el mismo Jesús; porque únicamente él nos podía dar á conocer su verdadera naturaleza divina. La palabra con la cual abre su escrito y que forma el resumen de todo lo que va á referir, es esta frase de Palabra, Verbo, Logos. "En el principio era el Verbo, y el Ver-

1 Irineo, *Adv. haeres.*, III, I, 1; *Clemen. de Alej.*, ap. Euseb., *Hist. ecclési.*, VI, 14; Tertul., *Cont. Marcion.*, IV, 2.

2 *Comon de Muratori: Jerónim., De vir illustr.*, CIX.

bo estaba cerca de Dios, y el Verbo era Dios. Si, el Verbo estaba, al Principio, cerca de Dios. Todas las cosas han sido hechas por él, y sin él nada se ha hecho de lo que ha sido hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz lució en las tinieblas, y las tinieblas no le han comprendido."¹

Esta expresión que tradujo su Sér divino, Jesús jamás se la había dado, en los discursos que refiere el propio San Juan. Ella nada tiene de común con el "vóos" de los Griegos, el Verbo de Platón y de Philon el Alejandrino; ella recuerda más bien "la Palabra" de los Profetas y la sabiduría personal de los Proverbios y de los libros de la Sabiduría. Tal vez Jesús la reveló á sus apóstoles, cuando les abrió la inteligencia de las Escrituras.² Nada explica mejor lo que es; ella implica su origen eterno del seno del Padre, en el que el "Logos" está siempre vivo, su distinción del Padre del que emana, en la igualdad de una misma vida, y la relación de Dios con este mundo creado por él "Logos" hecho carne. Toda la Teodicea está fundada sobre esta idea, y ha bastado con la palabra divina que la expresa, para merecer á San Juan ser llamado el Teólogo y el Filósofo.

¿Cómo el Verbo, Hijo único del Padre, se ha revelado en su vida humana? Los evangelistas responden á su manera: los tres primeros nos lo enseñan por la narración de sus enseñanzas y de sus actos. El enseñaba, observan ellos, como un Maestro absoluto, perdonaba los pecados, como Dios, mandaba á la naturaleza, como Aquel que no tiene superior, por su propia virtud. El cuarto Evangelio nos instruye por los discursos directos en los cuales Jesús atestigua él mismo su preexistencia, su origen eterno, su comunidad de esencia con el Padre, su potestad de alumbrar, de crear, de salvar, de dar la vida, de juzgar como el Padre.

Y á fin de quedar bien establecido que esos discursos no son composiciones artificiales, ellos se han ceñido á hechos preci-

¹ Juan, I, 1.
² Luc. XXIV, 45.

sos, determinados como tiempo y lugar, con un cuidado particular, una intención marcada. La más transcendental de las revelaciones está presentada bajo una forma sensible y popular que permite leer la verdad divina por imágenes sorprendentes como plugo mostrarla á Jesús.³

Los hechos que el Evangelista refiere son todos, con excepción de dos,—la multiplicación de panes en el desierto de Bethsaida y el andar de Jesús sobre las aguas del lago,—tomadas de la vida de Jesús, omitidas por los tres primeros Evangelistas. El milagro de las aguas, omitidas por los tres primeros Evangelistas. El milagro de las aguas, muestra en Jesús la potestad de transformar las substancias, igual á la potestad que las cria. La curación á distancia del hijo del oficial de Cafarnaum prueba que la palabra de Jesús es soberana y que ella obra á pesar del espacio. La multiplicación de los panes acusa su fuerza creadora; su marcha sobre las aguas y la tranquilidad impuesta á la tempestad, su autoridad, su autoridad absoluta sobre la naturaleza; la curación del paralítico de Béthesda revela que el mal más inveterado no le resiste; el ciego de nacimiento atestigua que él es el principio de la luz, y la resurrección de Lázaro que él es el Señor de la muerte y de la vida.

Sus discursos, tales como Juan los refiere, por fragmentos, no son más que la expresión de su naturaleza divina, de su vida íntima, de sus relaciones con el Padre, de su igualdad absoluta con El, en esencia, en poder, en actividad. Sin duda, el todo lo tiene del Padre, pero este origen, al establecer su división personal del Padre, es sin perjuicio de su igualdad absoluta, puesto que el Padre todo se lo ha dado desde la eternidad, al engendrarle como á su Hijo único. Y al revelar esos misterios íntimos, se observará que Jesús no emite ninguna doctrina, atestigua solamente hechos interiores de los que tiene conciencia total, hechos trascendentales, puesto que constituyen la vida misma de Dios.⁴

El da, finalmente, la más profunda revelación de su obra,

³ Cf. ch. IV, VI; IX: X; XI.
⁴ Juan, V; X.